

RESEÑAS

PAUL BAIROCH, *Desarrollo Industrial: Lo que ayer fue positivo hoy es obstáculo.*

El tema de la evolución industrial de los países subdesarrollados, del *despegue*, por utilizar un término ya generalizado, es de plena actualidad, tanto entre los sectores dirigentes de los países sobredesarrollados como en los del Tercer Mundo. Los primeros, luego de saciarse hasta el hartazgo con la explotación de las colonias, a las que succionaron sus riquezas impidiendo su desarrollo, se hallan preocupados porque la explosión demográfica registrada en los países pobres, en un nivel de vida que apenas consiente la subsistencia, constituye un factor que altera la estabilidad. En los estratos dirigentes de estos últimos países también existe la convicción de que tal situación, por razones estratégicas, debe ser modificada. Y entonces, tanto de una como de otra parte, se ensayan, cuando no se improvisan fórmulas y proyectos sin otro objeto mayor que el del impacto psicológico; para ello todavía se apela a la ayuda exterior y al libre-empre-sismo. Sobre todo a éste, tan del agrado de ciertos mentores de la economía latinoamericana y que tuvo su principal vigencia durante la Revolución Industrial, que partió desde Inglaterra en los años 1760. Pero la historia, desde aquella época, no se ha desarrollado en vano; y hoy con un exceso de esquematización podría decirse que dos siglos de industrialización conspiran contra el despegue del Tercer Mundo.

"Hasta principios del siglo XX fue posible, corriendo un poco, subirse al tren de la técnica en marcha, enganchar a él un vagón; hoy ese tren está ya tan lejos y lleva tal velocidad, que ese salto ya no es posible ni puede engancharse ningún vagón; hay que prever otra locomotora para dirigirse hacia el mismo fin. Quizá sea posible, evitando ciertos obstáculos que encontró el tren anterior, tomar una velocidad mayor, pero es necesario construir previamente sus propios medios de locomoción". Esta es una definición suficientemente reveladora de las conclusiones que se extraen de la investigación de Paul

Bairoch, recién dada a conocer entre nosotros,¹ tendientes a demostrar —y lo logra, con el aval de un cúmulo de datos incontrastables— que una nueva Revolución Industrial para el Tercer Mundo, sobre la base de los factores que inspiraron la experiencia inglesa y seguidamente de otros países europeos, resulta completamente imposible. Ello en razón de que los factores que fueron positivos en aquella emergencia, en el mundo de hoy redundan en desmedro de los mismos objetivos.

El economista belga nos presenta una medulosa, profunda investigación sobre las causas que motivaron la llamada Revolución Industrial en Inglaterra, con el sano objeto de destruir una arraigada mitología, desvirtuadora de la historia, que atribuye consecuencias a factores originales inexistentes. Nos hallamos, quizá por vez primera, ante un texto que proyecta una nueva y necesaria claridad sobre aquel proceso, que nos proporciona una doble utilidad: aparte del conocimiento propiamente dicho, siempre tan importante aunque no se cuente con el propósito inmediato de su aplicación, la confrontación con la realidad actual de casi dos tercios del mundo que debe encaminarse aún hacia la industrialización. Y es ahí donde se encuentra un extraordinario logro y su enorme utilidad, porque lo que se hallaba hartamente difundido hasta ahora, fueron aspectos que surgieron del proceso de desarrollo europeo en una etapa ya encaminada —y esa experiencia es la que erróneamente insiste con transportarse a los países subdesarrollados—; en cambio Bairoch analiza exhaustivamente el período preindustrial inglés y francés, con la conclusión válida de poder conocerlo con amplitud y desechar consecuentemente las falsas teorías que se han propagado. En suma, la lectura, o mejor dicho el estudio, de esta obra puede considerarse, sin que ello implique una irreverencia, de mucho mayor utilidad que tantas conferencias de carácter político o económico latinoamericanas, en las que se repiten lugares comunes proponiendo soluciones probadamente ineficaces, lo que es corrientemente admitido por los propios participantes en cada nueva reunión.

Bairoch hace el análisis exclusivamente desde el punto de vista económico, aclarando que no ofrece un estudio global, en virtud de haber dejado de lado factores sociológicos, políticos y psicológicos. Y procede así no porque le reste importancia a la gravitación de estos aspectos, sino por su convicción de la incidencia fundamental de los valores económicos. Su trabajo tan documentado y de rigurosa objetividad, proporciona, no obstante, un sinnúmero de indicaciones socio-

¹ Paul Bairoch, *Revolución industrial y subdesarrollo*, Siglo XXI Editores, 1967, 395 p.

lógicas y de inferencias políticas, que el complemento metodológico resultaría casi tácito.

Revolución industrial y subdesarrollo trata primeramente de los *seudofactores del cebo de crecimiento*; luego los *mecanismos económicos del desarrollo* y después los *obstáculos económicos para el despegue de los países subdesarrollados*. Finalmente, la edición incluye una amplia historia económica, bastante pormenorizada, sobre los hechos del desarrollo en los siglos XVIII y XIX según los ejemplos inglés y francés.

Por decirlo brevemente, para Bairoch no fue la complementación de la ciencia con la técnica, ni el desarrollo de la siderurgia, ni la instalación de los ferrocarriles, ni el aflujo de capital, lo que constituyó el cebo de la Revolución Industrial en Inglaterra. El factor fundamental fue el desarrollo de la agricultura, en cuyo medio, aunque de manera inorgánica, existía una incipiente producción textil. Sin una sólida estructura agrícola no se pueden crear los mecanismos internos de repercusión, toda vez que resulta fundamental una interacción entre agricultura e industria. Sostiene a ese respecto el autor que "el nivel de vida de la mayor parte de los países subdesarrollados es más bajo que lo era el de los países occidentales al principio de su desarrollo". Luego se analiza la incidencia de numerosos factores que facilitaron el cebo. Por ejemplo: la simplicidad de los medios técnicos, que resultaban fácilmente imitables aún sin la participación de grandes expertos y no se requerían grandes inversiones. "El costo medio del capital total necesario para poner a trabajar en la industria a un activo —en la Inglaterra del siglo XVIII—, era de seis a ocho meses de salario, el dato correspondiente que calculamos para los países subdesarrollados se sitúa en 350 meses (¡casi 30 años!) o sea un monto alrededor de cincuenta veces superior..." Por otra parte, la falta de medios de transporte y de comunicación y lo lento y extremadamente caro que éstos resultaban, hacía necesariamente que las comunidades estuvieran más aisladas y debieran forzosamente salir adelante con sus propios medios, lo que al mismo tiempo evitaba la desventaja de la competencia. El progreso y abaratamiento de los fletes en la época moderna hace, en cambio, que un artículo importado resulte mucho más barato que el fabricado por una industria incipiente, cuando en la época de la Revolución Industrial los costos de transporte desalentaban esa competencia ya que su monto llegaba a cuadruplicar el valor de la propia mercadería.

Todas estas conclusiones, Bairoch las presenta con abundancia de ejemplos y resulta bastante elocuente en punto a minuciosidad procedimientos de investigación como el que emplea para establecer el consumo de hierro en la Inglaterra del siglo XVIII demostrando su

empleo en herraduras, para lo cual hace un estudio sobre la periodicidad del cambio de herraje de acuerdo a su desgaste, según si los cascos del equino asientan sobre pavimento o tierras de labrado. Y este detalle, aparentemente insignificante, viene a configurar un dato económico de singular gravitación.

Reafirma el autor otros hechos conocidos como el caso de que en las colonias las metrópolis incrementaron las plantaciones de utilización industrial en detrimento de la agricultura de víveres, llegándose a la aberrante situación, suficientemente divulgada, de países de características agrícolas que tienen que importar ese tipo de productos para su subsistencia. Eso es precisamente lo que no ocurrió cuando el despegue industrial de Europa en los siglos pasados. Inglaterra comenzó recién su importación de alimentos en avanzado proceso de industrialización, a mediados del siglo XIX. A todo esto se suman otros factores conocidos que conspiran contra el Tercer Mundo en la actualidad, como el deterioro de los términos de intercambio. Citando a Lacoste, el autor señala que "en 1935, 20 sacos de café brasileño bastaban para pagar un automóvil Ford, mientras que actualmente se necesitan más de 200".

Para finalizar, una reflexión de este libro de tan imprescindible lectura: "Así, las conclusiones que nos impone el estudio de los mecanismos del crecimiento de los países subdesarrollados son extremadamente pesimistas. La conjunción de esos múltiples obstáculos de funcionamiento, cada uno de los cuales es suficientemente importante para detener el proceso entero del desarrollo, y del obstáculo de masas que representa la inflación demográfica, hace extremadamente improbable un movimiento más o menos espontáneo de crecimiento generalizado, tal como el que conocieron los países que, en el transcurso del siglo XIX, siguieron el ejemplo inglés".

ELÍAS CONDAL

VARIOS AUTORES. *Estados Unidos ante su crisis*. Traducción de Carlos Gerhard. 179 pp., Editorial Siglo XXI. México, 1967.

El famoso economista sueco Gunnar Myrdal proclamaba en 1963 que el curso del desarrollo económico en los Estados Unidos dejaba mucho qué desear y parecía haberse adaptado a una sucesión de recesiones, de auges breves e insuficientes y de períodos de estancamiento entre una y otros. Si en la era de la posguerra se da algún esque-